

# XV Domingo Tiempo Ordinario

Isaías 55, 10-11; Romanos 8, 18-23; Mateo 13, 1-23

«*¡Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen!*»

10 Julio 2011 P. Carlos Padilla Esteban

---

«*Nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la hora de ser hijos de Dios*»

**La memoria guarda todo con sumo cuidado.** Y con la libertad de quien no escucha razones hace que recordemos las cosas sin una lógica, como en un juego. Eso sí, cuando el tiempo pasa y dejamos las cosas viejas, les podemos poner un nombre nuevo, las llamamos «*olvido*» y así quedan olvidadas. Aunque la memoria es caprichosa y nos puede hacer recordar cosas que queríamos haber olvidado ya y para siempre, desgracias que no queremos revivir, tristezas que aún nos apenan, sucesos que han dejado huella en el alma, una huella imborrable. Llevan el nombre «*olvido*» para no ser recordadas, pero pueden volver cuando menos lo pensemos, sin darnos cuenta. Puede ocurrir que ciertas cosas las escondamos debajo de un árbol y las llamemos «*tesoro*», así, cuando queramos, algún día podremos volver a buscarlas y encontraremos recuerdos que nos llenan de vida; es el tesoro debajo del árbol, el tesoro que nos llena de esperanza. Son experiencias que nos dan alegría y nos hacen sentirnos vivos de nuevo. Decía San Agustín acerca de la memoria: «*Yo me acuerdo de haber estado alegre, no estando ahora; y ya no triste, recuerdo la tristeza pasada; y revivo el miedo pretérito, libre ya de todo miedo; y sin actual asomo de codicia, evoco el tiempo lejos en que fui codicioso. Y por el contrario, alegre, rememoro mi prístina tristeza; y triste, añoro mi vieja alegría*»<sup>1</sup>. Y señala cuatro pasiones del ánimo que siempre vuelven: tristeza, alegría, codicia y miedo. Esas pasiones están en el alma y reviven con fuerza en momentos distintos, cuando recordamos. Así los recuerdos nos cambian el estado de ánimo, nos hacen confiar o hacen que vuelvan a la cabeza esos miedos que algún día atenazaron el alma. El pasado vuelve y nos retiene, o nos anima a comenzar siempre de nuevo. **Como si nada hubiera pasado, como si todo pudiera hacerse de nuevo.**

**Aunque es cierto que nuestro pasado puede condicionar nuestro futuro, no por ello nos va a impedir cambiar el rumbo de nuestra vida.** Está en nuestras manos. De nosotros depende dejarnos llevar por el malestar de la derrota o volver a levantarnos pensando que la vida es nuestra. Como decía el protagonista en la película «*Agua para elefantes*»: «*La vida es el mayor espectáculo del mundo*» y nosotros somos los protagonistas. Es nuestra gran aventura. Habrá cruces y dificultades, pero, como me decía hace poco una persona hablando de la cruz: «*Sé por experiencia, que cualquier cruz tiene una segunda lectura positiva, si no para el que la sufre, sí para otros*». Despues de la cruz, del dolor y la pérdida, nos queda la posibilidad abierta de levantarnos y volver a soñar. Como leía el otro día: «*No es grande aquel que nunca pierde, sino aquel que nunca se da por vencido*». Somos grandes cuando nos levantamos de las caídas y construimos sobre los muros destrozados, a partir de nuestras cicatrices. Cuando sonreímos en las derrotas y sabemos mirar con la mirada de los niños, llena de vida y llena de esperanza. Porque sabemos algo esencial: «*Los niños son capaces de hacer, de forma natural y fácil, todo lo que años más tarde no podrán, una vez hayan "aprendido" que no es posible hacerlo*»<sup>2</sup>. Somos optimistas

---

<sup>1</sup> San Agustín, “Confesiones”, cap. XIV

<sup>2</sup> Raúl de la Rosa, “El ermitaño que veía películas de Hollywood”, 144

cuando construimos, sin hacer caso a los que nos recuerdan que no es posible hacerlo; cuando volvemos a empezar sobre nuestra historia pasada, después de ver las derrotas que hemos sufrido; cuando volvemos a sembrar aunque no hayamos cosechado éxitos y no hayamos encontrado frutos. La semilla, es necesario volver a echar la semilla como niños sencillos que confían. Los tiempos son de Dios, no son nuestros. También los frutos. Nosotros sólo sembramos. En nosotros la semilla es sembrada. **Y nuestra vida da fruto o permanece sin vida. Dios siembra, nosotros sembramos. Nos levantamos.**

**Es fundamental vivir con actitud positiva ante la vida, pensando que la semilla de Dios dará su fruto.** Pero a veces hay formas de pensar aprendidas desde nuestra infancia que no nos ayudan: «*Lo malo es algo que permanece, que dura siempre, que lo impregna todo y que el principal culpable es uno mismo. Los contratiempos y las adversidades tienen causas permanentes, globales y personales*»<sup>3</sup>. Pensar así nos hunde y no nos deja soñar de nuevo. La actitud tiene que ser otra. Tenemos que mirar la vida con esperanza. Como decía Rafael Nadal el otro día tras una derrota: «*No es un día alegre pero tampoco es un drama*». Porque la actitud con la que enfrentamos la vida con sus dificultades es lo que nos hace ser realmente felices: «*La felicidad no es algo que sucede. No es el resultado de la buena suerte o el azar. No es algo que pueda comprarse con dinero o con poder. No parece depender de los acontecimientos externos, sino más bien de cómo los interpretamos*»<sup>4</sup>. En nosotros está cómo nos levantamos cada mañana, cómo volvemos a echar la semilla, como esperamos pacientes el fruto que llegará a nuestras manos. La actitud ante la vida lo cambia todo. Sor Teresita, la monja que lleva más tiempo en clausura en España - cumplirá 104 años en septiembre-, se pregunta: «*¿Quién puede estar 84 años en un convento de clausura sin ser feliz? Claro que soy feliz*». De nosotros depende. De la forma cómo miramos a nuestro alrededor. Como leía el otro día: «*Se trata de ver que el punto en el que estamos es un buen lugar, ya que todo lugar puede ser bueno o malo según sea nuestra mirada*»<sup>5</sup>. Cuando miramos nuestra vida con optimismo, buscando lo bueno, destacando la grandeza de lo que Dios nos ha dado, **valoramos las derrotas y los éxitos en su justa medida. Ni más ni menos.**

**Por eso tenemos que mirar con esperanza cómo Dios conduce nuestra vida. Sus semillas caen en el alma y dan su fruto o mueren sin dar fruto.** Escuchamos hoy: «*Como bajan la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo*». Isaías 55, 10-11. La Palabra de Dios es la semilla que cae en la tierra para dar fruto como lo recuerda el salmo: «*La semilla cayó en tierra buena y dio fruto. Tú cuidas de la tierra, la riegas y la enriqueces sin medida; la acequia de Dios va llena de agua, preparas los trigales. Riegas los surcos, igualas los terrones, tu llovisca los deja mullidos, bendices sus brotes. Coronas el año con tus bienes y las colinas se orlan de alegría. Tú cuidas de la tierra, la riegas y la enriqueces sin medida; la acequia de Dios va llena de agua, preparas los trigales. Tus carreles rezuman abundancia*». Sal 64, 10. 11. 12-13. 14. La palabra de Dios se hace vida o muere en los corazones. Dios cuida la tierra de los corazones en los que quiere dar vida. Pero respeta los tiempos y la libertad del hombre. Su Palabra se entrega por completo, sin esperar nada, sin pretensiones. Pero a veces no da fruto. **La vida no siempre es recibida, el amor no es comprendido, no siempre encuentra respuesta, no siempre es acogido.**

**Las semillas llevan en su interior el secreto de la eternidad.** Las semillas son un mundo lleno de posibilidades, son potencia, encierran todo lo que pueden llegar a ser. Pensar en una semilla me lleva a pensar en nuestra vida. Desde que nacemos tenemos en germe lo

<sup>3</sup> Martin E. P. Seligman, “Aprenda optimismo”, 173

<sup>4</sup> Mihaly Csikszentmihalyi, “Fluir, una psicología de la felicidad”, 13

<sup>5</sup> Raúl de la Rosa, “El ermitaño que veía películas de Hollywood”, 181

que podemos hacer realidad. Estamos llamados a dar el fruto que viene ya escrito en la semilla que hay en el alma, grabado desde siempre. Nos cuesta descifrar los códigos y saber cómo lograr que crezca lo que sólo es posibilidad. Nuestra vida es una semilla que puede caer en buen terreno o morir al no poder dar el fruto para el que fue pensada. Dios nos ha soñado en un camino muy concreto. En nuestro corazón está la semilla sembrada por Dios. Dice el libro de la Apocalipsis: «*Al vencedor le daré de comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, el cual nadie conoce sino el que lo recibe*» Ap 2,17. Es la semilla escondida en el fondo del alma. La semilla con la que nacemos y que podemos dejar que muera sin dar fruto. Cuando descuidamos la voz de Dios, cuando nos dejamos llevar por la corriente, cuando no regamos la semilla sembrada en el corazón. Muchas cosas pueden ocurrir para que la semilla no dé su fruto. Lo sabemos, muchas personas viven sin rumbo, sin saber hacia dónde van. Decía el P. Kentenich: «*Hoy en día tenemos demasiadas personas que no tienen meta alguna, cuya vida debe compararse con la arena del desierto, remolineada por cualquier ráfaga de viento*»<sup>6</sup>. La semilla también es la Palabra que Dios siembra en el alma para dar luz. Todos tenemos una semilla que nos habla de lo que podemos llegar a ser. Decimos tantas veces que no sentimos nada, que no escuchamos la voz de Dios. Es como si estuviéramos tan apegados al mundo que nuestros oídos interiores están totalmente bloqueados. Así perdemos la vida sin escuchar la voz de Dios. **Así la semilla cae y muere, pero no da fruto.**

**Podemos recibir la semilla como un terreno duro, al borde del camino.** La semilla no entra en la profundidad de la tierra y se expone a todos los peligros al permanecer en la superficie, sin raíces: «*Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, un poco cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se lo comieron*». Y Jesús lo explica: «*Si uno escucha la palabra del reino sin entenderla, viene el Maligno y roba lo sembrado en su corazón. Esto significa lo sembrado al borde del camino*». No entendemos la Palabra de Dios y dejamos que nos roben el tesoro. Nos habla Dios y no oímos. Nos habla a través de personas y acontecimientos. No hacemos caso. Esto sucede cuando vivimos apegados al mundo y sus ruidos, sin valorar el tesoro de una vida en Cristo. No hay profundidad en el alma y no dejamos que llegue a lo profundo la semilla enterrada. Se queda en la superficie, expuesta a los peligros de la vida. Cuando dejamos que la semilla profundice en el alma vamos venciendo nuestros miedos. La semilla es frágil. Las palabras que Dios nos susurra corren el peligro de ser olvidadas. Las caricias suaves de su mano pasan a un segundo plano, porque buscamos otras caricias visibles, otras pruebas evidentes que nos den paz. Perdemos la profundidad cuando no nos dejamos tiempo para Dios, no lo necesitamos. María puede ayudarnos a profundizar en nuestra vida. El Santuario es nuestro taller. María Magdalena de Pazzi, en una visión de María, decía: «*Yo vi que era una fuente inmensa de la que brotaban numerosos surtidores de agua, derramando el agua por todas partes y enviando ríos de gracias*». En el Santuario brota la fuente con el agua pura que abre camino en el alma. Un río de agua viva que acaba con la escasa profundidad de nuestra tierra. **El agua hace que la tierra se esponje y adquirimos la profundidad perdida.**

**Podemos recibir la semilla con el corazón duro, como un terreno pedregoso:** «*Otro poco cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y, como la tierra no era profunda, brotó en seguida; pero, en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó*». Jesús lo explica: «*Lo sembrado en terreno pedregoso significa el que la escucha y la acepta en seguida con alegría; pero no tiene raíces, es inconstante, y, en cuanto viene una dificultad o persecución por la palabra, sucumbe*». Muchas veces nos entusiasmamos en nuestra vida y luego, con el tiempo, decaemos de nuevo, falta la raíz. ¡Cuántas personas se confiesan con regularidad de su falta de constancia y perseverancia en la entrega a Dios! Dependemos de experiencias fuertes, queremos tocar a Dios en muchos lugares, en muchas vivencias que nos den la

---

<sup>6</sup> José Kentenich, “Textos pedagógicos”, 177

vida. Buscamos lugares santos, escuchamos a personas santas, leemos y seguimos las huellas dejadas por Dios en las almas, su presencia visible. El entusiasmo, sin embargo, dura poco. Cuando la raíz no es profunda, cuando no ha penetrado lo más oculto del corazón, la pasión pasa y desaparece. El entusiasmo muere con el tiempo. No podemos depender de encontrarnos a Dios detrás de cada esquina. Caminar con Dios implica una cuota alta de silencio y oscuridad, caricias silenciosas. Si pretendemos caminar bajo sus focos, como a plena luz del día, nos equivocamos. Los fogonazos de la pasión se pierden con el paso del tiempo. No podemos sorprendernos, es parte de la vida. **Tenemos que contar con que muchas semillas se pierdan cuando las raíces son poco profundas.**

**Podemos, por último, recibir la semilla con el corazón lleno de muchas cosas, ruidos y maleza:** «*Otro poco cayó entre zarzas, que crecieron y lo ahogaron*». Explica Jesús: «*Lo sembrado en zarzas significa el que escucha la palabra; pero los afanes de la vida y la seducción de las riquezas la ahogan y se queda estéril*». La vida es seductora. Cristo también nos seduce. Pero el ruido de las sirenas del mundo es fuerte y nos embota los sentidos. Por eso es bueno saber tomar distancia de aquello que nos turba. Una persona me decía hace poco: «*Y sólo un pensamiento me produce esperanza: el pensar que María me enseñará en su escuela a tomar las distancias que me hagan amar libremente, que me enseñen a querer ser santa pero encontrando a Dios y a Ella en mi marido y en mis hijos y en toda la gente que forma mi vida; Ella me enseñará a no tener miedo de Dios, ni de mí*». Distancia para amar con libertad. Distancia de tantas zarzas que apagan la luz del sol e impiden que corra el aire. Zarzas que nos obnubilan y nos hacen pensar que nuestra vida se juega en el momento, en las cosas de cada día. Distancia de apegos innecesarios que nos quitan la libertad. Distancia de obsesiones que nos hacen caminar sin ver nada más. Sin tomar en cuenta las necesidades de los que nos rodean. ¿Cómo acabamos con tantas zarzas que no dejan llegar la luz al fondo del alma? ¿Cómo nos liberamos de las cadenas que, como finos hilos, nos atan a la tierra? No es posible hacerlo solos. La tierra llena de zarzas necesita ser limpiada por Dios. María es la jardinera que puede sacar tanta maleza. Dejamos que sus sabias manos empiecen su obra. **Quitan lo superficial y dejan el terreno limpio para la siembra.**

**Pero puede ocurrir que la semilla caiga en terreno bueno y dé su fruto:** «*El resto cayó en tierra buena y dio grano: unos, ciento; otros, sesenta; otros, treinta. El que tenga oídos que oiga*». Y dice Jesús: «*Lo sembrado en tierra buena significa el que escucha la palabra y la entiende; ese dará fruto y producirá ciento o sesenta o treinta por uno*». Es la esperanza de Dios, que el corazón del hombre se abra a su gracia y se deje transformar por esa presencia que hace todo nuevo. El amor de Dios se nos regala de muchas formas, aunque a veces no somos capaces de aceptarlo y acogerlo. Nos endurecemos y rechazamos la semilla de su amor. Pero Dios permanece fiel en su amor y nos enseña la clave, como dice el P. Kentenich: «*El amor es siempre la llave mágica que abre el corazón del hombre, incluso cuando parece ya religiosamente atrofiado, pero que, al mismo tiempo, da acceso a las alturas más elevadas del monte de la perfección*»<sup>7</sup>. El amor de Dios es la llave que nos abre. Sólo desde la experiencia del amor podemos dejar que la semilla muera y dé su fruto. El terreno tiene que ser nuestra alma que muchas veces está dura, seca o llena de maleza. Pero cuando la tierra es buena, blanda y abierta, entonces la semilla muere para dar fruto. El verano es el tiempo adecuado para trabajar nuestra tierra. Llegan las vacaciones y puede que Dios pase a un segundo plano, cuando debería ocurrir justo lo contrario. **En tiempos más tranquilos deberíamos encontrar la paz necesaria para dejarle a Dios trabajar en el alma.**

**Jesús explicaba todo en parábolas para que comprendieran los hombres.** Por eso recurre a la semilla y al campo, usando un lenguaje al que todos estaban acostumbrados: «*Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó junto al lago. Y acudió a él tanta gente que tuvo que*

<sup>7</sup> José Kentenich, “Textos pedagógicos”, 175

*subirse a una barca; se sentó, y la gente se quedó de pie en la orilla. Les habló mucho rato en parábolas: «Se le acercaron los discípulos y le preguntaron: -¿Por qué les hablas en parábolas? Él les contestó: -A vosotros se os ha concedido conocer los secretos del reino de los cielos y a ellos no. Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender».* Las parábolas son cuentos que tratan de hacer comprensible las verdades más profundas. Y les dice a los discípulos lo afortunados que son ellos por poder entender sin necesidad de parábolas: « *¡Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen!*». Jesús sabe que muchos no ven lo que ellos ven, porque tienen sus ojos cegados por el mundo y sus pretensiones. A veces no nos damos cuenta de la suerte que tenemos por haber recibido la fe, por crecer en ambientes cristianos: «*Os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis vosotros y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron*». Mateo 13, 1-23. La fe es un don y tener una familia sana y que aspira a la santidad es un verdadero milagro. En la sociedad y en el tiempo en el que vivimos, tener fe es un don de Dios. Pero no lo valoramos. Pensamos que estamos atados en lugar de vivir como hijos libres. **La fe debería darnos alas en lugar de sentir que nos encadena y limita.**

**Estamos en camino al encuentro más profundo con Dios en la eternidad, poco a poco.** Somos hombres que nos vamos haciendo, somos historia por hacer. El hombre y la creación están en camino. La plenitud a la que somos llamados es la promesa que el corazón anhela: «*Sostengo que los sufrimientos de ahora nopesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá. Porque la creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios; ella fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por uno que la sometió.* Porque sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto. Y no sólo eso; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la hora de ser hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo». Romanos 8, 18-23. Es el anhelo de pasar de la esclavitud a la plenitud soñada. De las cadenas a la libertad. De la muerte a la vida. Pero es necesario entender que antes de la vida llega la muerte. La semilla muere para poder dar su fruto. Sin muerte no hay resurrección, sin sufrimiento no hay vida. ¡Cómo nos cuesta morir! Renunciar a lo que queremos, dejar de apoyarnos a lo que nos quita la vida. Nos cuesta decir que no. Nos cuesta renunciar a nuestros gustos, a nuestro tiempo, a nuestros deseos más íntimos. El egoísmo es la gran enfermedad del hombre moderno. Vivimos para hacer nuestros planes y nos cuesta ponernos en el lugar del que está a nuestro lado. Vivimos buscando que se respete lo que deseamos. Así no crecemos, así no aprendemos que la semilla tiene que morir para dar fruto. **¡Cuánto nos cuesta morir y dar la vida, entregarnos por entero, sin quejas, sin reservas!**

**Queremos vivir la vida en la presencia de Dios sembrando sus semillas.** Queremos aprender a acoger la semilla de Dios en el alma, para que dé su fruto, para que podamos hacer lo que Dios nos pide y sembrar donde Él nos diga. Es necesario que nuestra tierra esté preparada y abierta. Una persona le rezaba con confianza y apertura a María: «*He pensado y, te lo pido así, que no quiero recorrer mi camino sino el tuyo, el que me vas marcando y te pido la gracia para siempre decirte sí. Confiada en ti, abandonada en ti, con la humildad que me falta, sé Tú, no yo y que ese dejarte todo sea el comienzo de un camino juntas hacia Tu Hijo. Enséñame, edúcame, modélame para que llegue a ser lo que túquieres*». Aceptar la semilla en el corazón es dejar que Dios tome las riendas de nuestra vida y marque el camino, aunque no entendamos. Para ello tenemos que aprender a decir que sí. Sí a nuestras debilidades y limitaciones. Sí a las circunstancias difíciles que nos toca vivir. Sí a nuestro pecado y a las cadenas que nos atan. Sí a los caminos que nos parecen duros y áridos. El sí que pronunció María cada día en su vida, desde la Anunciación al pie de la cruz. El sí que pronunciado por los santos con humildad en cada circunstancia. Ese sí sencillo que otros no escuchan, porque sólo ven el fruto maduro al morir la semilla. Es el sí que permite que la semilla dé su fruto, siempre a su tiempo. Con dolor. **En silencio y en la oscuridad de la soledad. Así construye Dios. Casi sin que nos demos cuenta.**